

# En contingencia

Por Gabriel Bermúdez



Estudiante  
Programa de Antropología  
Universidad del Magdalena


De la humanidad moderna, poca es la cantidad de personas que aún despierta para apreciar la magnificencia del sol y el cielo azul, aunque, aún consumidos dentro de la lucha por solidificar sus objetivos, algunos se detienen a pensar en el modo de ser o el modo en que funcionan las cosas, incluso, en la forma en que funcionamos nosotros mismos.

Ocurre también con las secuelas de nuestras acciones y esta información no se queda grabada solo donde actuamos: esta nace principalmente en nosotros, en la forma en que usamos nuestra visión y la capacidad que tenemos para moldear en nuestra mente lo

que queremos manifestar en la naturaleza, por ejemplo. Haciendo nuestra vida en el mundo nos encontramos con muchos elementos, y dentro de estos mundos de posibilidades encontramos métodos y alteraciones de los mismos, capacitándonos todos los días con nuestras formas de actuar frente a la realidad para así conseguir armonizarnos con la misma, aunque sea inestable y viva en transformación continua.

Toda la información que conocemos es creada por la mente, almacenada en una realidad substancial que se esconde detrás de apariencias que conocemos bajo nombres como "fenómenos de vida", "universo material" o

"conjunción de la oscuridad y la materia". En esta, el hombre empieza a crear identidades y denominaciones para poner en orden el mundo, junto a toda especie de vida o elemento y así autoproclamarse semejante a Dios.

Es ese momento en el que la humanidad debe reflexionar sobre lo contingente que es nuestro paso por este lugar del espacio en el que nos situamos, que somos seres de vida dando un paso fugaz dentro de la existencia, en la medida en que la mente universal tiene necesidad de recrearse en diferentes formas y en las que no creemos, para así, por medio de nosotros, experimentarnos y conocer de ella lo que es afuera, usándonos también por dentro. Quizás sí es cierto que no somos necesarios para la galaxia o el resto del universo, pero la "realidad" que hemos creado es palpable y eso nos debería dar motivos y razones para conservarla, de modo que las figuras que vayan a dar su paso por este mundo tengan las posibilidades de experimentar la vida, la necesidad, el deseo, el sufrimiento y el discernimiento en armonía con la naturaleza, con el fin de conocerse y de conocernos aún más. 



Lavandera de Bomba  
(Magdalena, Colombia) en la ciénaga de Zapayán.  
Foto: Luisa Fernanda Ramírez Juvinao.